

# Cuando emprendas tu viaje hacia Ítaca

Josep M. Rodríguez

En 1932, Pablo Neruda está a un paso de entregar al editor y librero Carlos George Nascimento la primera versión de *Residencia en la tierra*. Pablo de Rokha ya milita en el partido comunista. Y hace tan sólo un año que Vicente Huidobro ha publicado, en Madrid, *Altazor o el viaje en paracaídas*. En ese contexto de efervescencia de las letras chilenas nace Pedro Lastra, de quien su mujer, Irene Mardones, junto al ensayista y también poeta Miguel Gomes acaban ahora de preparar una antología de su obra lírica titulada *Baladas de la memoria*.

A decir verdad, poco tiene que ver la poesía de Lastra con las vanguardias. Su escritura huye del verso magmático y de la irracionalidad. Tampoco hay compromiso panfletario. Ni experimentalismos huecos. Ni voz grandilocuente. Sino todo lo contrario: el suyo es un verbo que se dice en voz baja, con la sobriedad y la capacidad de resonancia de un jueju o de un haiku. Con la timidez de quien no se atreve a tocar lo que no es suyo. Como en el poema que dedica al escritor e historiador Ricardo A. Latchman, fallecido repentinamente a comienzos de 1965: «En estos meses en que yo me acerco / hasta casi tocar toda su edad, / pienso cuánto me hubiera gustado (...) conversar con Ud. sobre nuestros asuntos, / sobre los raros libros / que encontró en sus andanzas».

«Noticias del maestro Ricardo Latchman, muerto en La Habana» es uno de los poemas más extensos de Pedro Lastra y, no obstante, se aprecia en él una de las características principales de su escritura: la contención. Contención para adelgazar el poema sin

---

Pedro Lastra: *Baladas de la memoria*. Pre-Textos, Valencia, 2011.

que pierda su capacidad para desvelarnos, lo mismo que un grifo que gotea en la alta noche. Pero, también, contención o prudencia en lo sentimental, consciente de los excesos dramáticos de algunos poetas de la primera mitad del siglo XX. Hasta el punto de que esa timidez, esa prudencia, parece llevarle a ceder el protagonismo de varios de sus poemas a amigos como el propio Latchman o como Roque Dalton, Javier Lentini, Enrique Lihn u Óscar Hahn: «Veo a Óscar Hahn corriendo desalado / por una calle de Madrid. / Se desplaza hacia el sur / en dirección a los rápidos rápidos / en busca de la perdida felicidad».

Algo similar podría decirse de la relectura que el poeta de Quillota hace de la tradición: de la *Ilíada* a René Magritte. De Plinio a Víctor Jara. Pasando por Álvaro Núñez, por Robert Desnos, por las *Canciones rusas* de Nicanor Parra, por Omar Cáceres o por la *Odisea*: «Ulises dijo Nadie / y conjuró en el nombre / toda desolación y toda guerra / porque alguien lo esperaba / en la región que es uno y es todos los lugares / ayer y todavía». Con el paso de los siglos, la poesía se ha convertido en un larguísimo tren y cada nuevo autor es un vagón que se añade a la cola. Ahora bien, una cosa es conocer y respetar la tradición y otra, muy distinta, es venerarla, sometiéndose a ella.

El pasado está ahí para que nos sirvamos de él. Lo apuntó Bernard de Chartres en el siglo XII: somos enanos a hombros de gigantes. Y Pedro Lastra parece no tener ningún reparo en subirse a las alturas para ver más allá, para ir más allá. Sólo así se explica un texto como «Mester de perrería»: de entrada, con ese título, uno espera que el poema se desarrolle formalmente en versos alejandrinos de rima consonante, es decir, en cuaderna vía. Pero nada más lejos de la realidad, porque se trata de un soneto –y no, precisamente, al santillánico modo: «Asiduo de mí mismo sobrevivo / encerrado con llave y cerradura / negando como Pedro la figura / que más me abruma cuanto más la esquivo».

Como es obvio, hay en el título cierta dosis de humor. La misma que descubrimos en el tercer verso, en ese doble juego entre el nombre propio de su autor y la referencia al apóstol bíblico –un recurso parecido al que encontramos al comienzo del poema «Al margen de Darío»–. Aunque, para referencias, la que emerge al final de «Mester de perrería», con la alusión a Hesíodo

del último endecasílabo: «la noche me ha enredado en una / palabra madeja de lamentos / por ella y mis trabajos y mis días».

«Mester de perrería» es también un poema de amor. Tema sobre el que Pedro Lastra ha preparado una antología y al que ha dedicado algunas de sus mejores composiciones, como «Acuarela», «Exilio o reino», «Presencia del amor» o «Madrigal»: «En el sueño inventé para ti una canción: / tus ojos alejaban en ella a la muerte / y tus manos venían / a borrar el celaje de algunas estaciones / sombrías del amor, / un invierno muy frío en el sur». Mención aparte merece un memorable y breve, brevísimo texto de únicamente dos versos titulado «Última copla»: «Quiero ser inmortal / para seguir amándote».

En «Última copla» se condensan las claves de la poesía de Pedro Lastra: rigor, sencillez, emoción, naturalidad y, como se ha apuntado ya antes, contención formal –y a la vez sentimental, gracias, precisamente, a esa vigilancia extrema de la palabra. Algo nada fácil cuando se manipula material amoroso. Altamente inflamable.

Desde que en 1954 publicara *La sangre en alto*, su primer libro, la poesía de Lastra ha venido desarrollándose como un continuum cada vez más pulido, más meditado, más exacto. De ahí que algunos de sus textos hayan ido sufriendo pequeñas pero significativas variaciones a lo largo de los años. En *Seis propuestas para el próximo milenio*, Italo Calvino confiesa que no le gusta escucharse hablar. Que prefiere escribir porque escribiendo puede corregir cada frase las veces que sean necesarias hasta eliminar las razones de su insatisfacción: «La literatura –quiero decir la literatura que responda a estas exigencias– es la Tierra Prometida en la que el lenguaje llega a ser lo que realmente debería ser».

Ese nivel de exigencia lo encontramos en *Baladas de la memoria*. Un volumen sin secciones. Sin prólogo. Una antología que no parece una antología, sino un diario de ruta –no en vano uno de los libros de Pedro Lastra, en edición bilingüe y traducción de Elias Rivers, se titula *Travel Notes*–. Y no importa si el verso transita por el territorio del sueño, de la ausencia, de la soledad, del amor o de los afectos, porque mientras uno está inmerso en su lectura no deja de recordar a Cavafis y de pedir que el camino sea largo. Muy, muy largo ©